

LOS FRANCISCANOS
EN EL
NUEVO MUNDO
(SIGLO XVII)

II

V CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

III Congreso Internacional sobre los Franciscanos en el Nuevo Mundo.

ORGANIZA:

- Monasterio Franciscano de La Rábida.

PATROCINAN:

- Comisión Nacional del V Centenario.
- Instituto de Cooperación Iberoamericana.
- Consejería de Cultura y Medio Ambiente de la Junta de Andalucía.
- Patronato del V Centenario de Huelva.
- Comisión Episcopal para el V Centenario.

COLABORAN:

- Universidad Hispanoamericana de Sta. María de La Rábida.
- Caja de Ahorros de Huelva.
- Industrias Químicas de Huelva.
- Afinsa-Central de Peregrinaciones.
- Ayuntamientos de Palos de la Frontera, Huelva y Moguer.

Actas del III Congreso Internacional
sobre
LOS FRANCISCANOS EN EL NUEVO MUNDO
(siglo XVII)

La Rábida, 18-23 de septiembre de 1989



Editorial DEIMOS, S. A.
Glorieta del Puente de Segovia, 3. Telf. 479 23 42
28011 MADRID

PRESIDENCIA DE HONOR

Excmo. Sr. D. JOSE RODRIGUEZ DE LA BORBOLLA
Presidente de la Junta de Andalucía.

Excmo. Sr. D. LUIS YAÑEZ BARNUEVO
Secretario de Estado para la Cooperación Internacional e Iberoamérica y Presidente de la Comisión Nacional del V Centenario.

Rvmo. P. Fr. JOHN VAUGHN
Ministro General de la Orden Franciscana.

Excmo. Sr. D. JAVIER TORRES VELA
Consejero de Cultura de la Junta de Andalucía.

Excmo. Sr. D. CARLOS AMIGO VALLEJO
Arzobispo de Sevilla y Presidente de la Comisión Episcopal del V Centenario.

Excmo. Sr. D. MANUEL EUGENIO ROMERO CASTILLA
Presidente de la Diputación de Huelva y del Patronato del V Centenario.

Excmo. Sr. D. RAFAEL GONZALEZ MORALEJO
Obispo de Huelva y Presidente de la Comisión Diocesana del V Centenario.

Rvdo. P. Fr. ANTONIO ENRIQUEZ GUERRERO
Ministro Provincial de la Provincia Bética Franciscana.

Excma. Sra. D^a. PILAR PULGAR FRAILE
Alcaldesa de Palos de la Frontera.

Excmo. Sr. D. JUAN CEADA
Alcalde del Ayuntamiento de Huelva.

Excmo. Sr. D. FRANCISCO DIAZ OLIVARES
Alcalde del Ayuntamiento de Moguer.

COMISION ORGANIZADORA

Director: Dr. PAULINO CASTAÑEDA (Universidad de Sevilla).

Vicedirectores: Fr. LUIS BLANCO (Monasterio de La Rábida).
Dr. PEDRO BORGES (Universidad Complutense de Madrid).

Secretario: Dr. JUAN MARCHENA (Universidad de Sevilla).

© Reservados los derechos de propiedad
Foto de portada: José L. de las Cuevas Batlle

I.S.B.N.: 84-86379-12-1 • Depósito legal: M. 14.765-1991 • Composición: DEIMOS. Glorieta del Puente de Segovia, 3 • Tel. (91) 479 23 42 - 28011 Madrid • Imprenta FARESO, S. A. - Paseo de la Dirección, 5 - 28039 Madrid.

EL LENGUAJE DE LOS ESCRITORES FRANCISCANOS
DE AMERICA EN EL S. XVII.

Por Dr. JOSE A. FRAGO GRACIA
Universidad de Sevilla.

1. Para no pocos observadores de la realidad histórica el descubrimiento de América ha sido considerado como el acontecimiento más señalado de la Edad Moderna, de la que sin duda constituye uno de sus más anchos y profundos pórticos (1). Desde luego, sería muy difícil, por no decir imposible, proponer otro hito que con mayor claridad marcara el nacimiento de los nuevos tiempos al término de aquel periodo de límites un tanto imprecisos que Huizinga llamó "otoño de la Edad Media" (2).

(*) Grandioso es el papel jugado por la Orden franciscana en la evangelización de los indios, especialmente sobresaliente ha sido también su aceptación y estudio de las lenguas indígenas, y digna de la mayor ponderación su contribución a la historiografía americana. A pesar de todo, la lengua de los autores franciscanos no ha merecido hasta ahora la atención de una sola monografía que la considerara en extensión y en profundidad, que tuviera en cuenta asimismo los aspectos comunes y las peculiaridades individuales. Es obvio que ello no puede tratarse con la debida seriedad en un artículo de estas características, por lo cual he creído conveniente establecer un pimer contacto con tan compleja cuestión lingüística reduciendo el campo de la pesquisa al ámbito de la Nueva España, donde en el siglo XVI los miembros de dicha Orden llevaron a cabo su más señalada acción proselitista, y limitando la ejemplificación a Diego de Landa, Toribio de Benavente y Bernardino de Sahagún, figuras sobresalientes de la crónica etnográfica del quinientos, y a Juan de Silva, escritor que redactará sus memoriales curialescos entrada ya la centuria siguiente.

(1) Más, sin duda, que sucesos como la caída de Bizancio en manos de los turcos o la misma invención de la imprenta. El propio Renacimiento, ya se sabe, presenta una cronología bien distinta en Italia y en los diferentes países europeos.

(2) J. Huizinga, *El otoño de la Edad Media*, Madrid, Alianza Editorial-Alianza Universidad, 1985. Hay ediciones anteriores en español de Revista de Occidente. Principalmente de Francia y de los Países Bajos en los siglos XIV-XV se ocupa Huizinga en su extraordinario libro.

Efectivamente, cuando en Europa empiezan a recibirse con avidez noticias de geografía física y humana, conocimientos antropológicos, zoológicos y botánicos, palabras y productos exóticos de allende el Atlántico, de aquel continente indiano aún no desvelado en toda su grandeza, cambios ideológicos y materiales de envergadura están también en trance de iniciarse o por entonces cobran acelerado impulso, y ese vuelco en la ideología del hombre europeo influirá decisivamente en el tratamiento que la extraordinaria complejidad idiomática del mundo indígena americano merezca de quienes más iban a tener que ver con ella, de manera muy destacada las Ordenes religiosas y con relevante protagonismo para los monjes franciscanos. No sólo eso, porque los renovadores aires renacentistas y las corrientes culturales que les siguieron acabarían condicionando asimismo las pautas tanto normativas como estilísticas que a lo largo de los siglos XVI y XVII estuvieron vigentes entre los escritores españoles en la Península y en las Indias, naturalmente con las peculiaridades que las circunstancias de cada dominio imponían.

Fuera de cualquier discusión queda hoy, en efecto, que el hecho americano alteró sustanciales aspectos de la vida de la humanidad, verbigracia en lo tocante al desarrollo del Derecho internacional y de gentes, o en lo que atañe al trastorno que a la tradicional economía europea, y a la española en particular, le supuso la masiva afluencia de metales preciosos indianos, con su secuela de movimientos inflacionistas gravemente sentidos por las masas populares de nuestro país. De ello se hace eco Pedro Cieza de León con palabras cargadas de aguda percepción del presente y de visión de futuro, en las que recuerda el asombro que, siendo adolescente y estando en Córdoba, le causó la arribada a Sevilla a principios de 1534 de la expedición de Hernando Pizarro portadora de la parte del rescate de Atahualpa que correspondía a las arcas reales:

porque - dice el insigne cronista -, dónde vieron hombres lo que hoy ven: que entren flotas cargadas de metal de oro y plata como si fuera hierro, ni dónde se vio ni leyó que tanta riqueza saliese de un reino, tanta y tan grande, que no solamente está España llena de estos tesoros y sus ciudades pobladas con muchos "peruleros" ricos que de acá han ido; mas han encarecido el reino con el mucho dinero, que han llevado tanto cuanto saben los que lo consideraren. Y no solamente España recibió esta carestía, mas toda Europa se mudó del ser primero, y las mercaderías y todos tratos tienen otros precios que no tuvieron; tanto ha subido en España, que, si va como ha ido, no sé adónde subirán los precios de las cosas, ni cómo los hombres podrán vivir (3).

(3) Al comienzo del capítulo primero de su *Descubrimiento y conquista del Perú*, ed. de C. Sáenz de Santa María, Madrid, Historia 16, 1986, pág. 39.

Semejante grado de realismo tampoco estará ausente en los franciscanos que en las Indias o sobre asuntos indianos escribieron y, en consonancia con el rápido arraigo que en el refranero y en la literatura de los siglos XVI-XVII logró el tema del oro americano, un fraile tan circunspecto y doctrinario como Juan de Silva se servirá de él para aleccionar a la Corona sobre lo ventajoso que sería tratar a los indios de la Florida benigneamente, someterlos a exacciones “muy moderadas” y liberarlos del servicio personal, pues con tales medidas:

en muy breve tiempo se reducirán todos a nuestra fe católica, y se aumentará a la Corona de Castilla una infinidad de provincias y vasallos, que, cuando no tuviesen plata ni oro en sus tierras (que pocas habrá sin él), por pequeño que sea el tributo, será de más importancia que todo cuanto ha venido ni vendrá del Cerro de Potosí ni de las minas de la Nueva España (4).

Incluso no faltará en el buen franciscano la crítica contra la pésima administración que en España se hacía de los caudales ultramarinos, ya que a continuación del pasaje anteriormente citado pone lo siguiente:

Porque esto vendrá con buena conciencia, y aquello viene con mil escrúpulos de ella, y así luce tan poco y se logra tan mal como vemos, pues cierto que no ha servido, ni sirve, sino de consumir y acabar los vasallos de V.M. sin que por ello tenga más abundancia en su casa y reino, ante mayor penuria y necesidad (5).

2. Pero, con ser importantes éstas y otras repercusiones de distinta índole relacionadas con el descubrimiento, conquista y colonización de las Indias, no lo fueron menos las consecuencias derivadas de la actitud que frente al fenómeno cultural autóctono adoptaron los españoles. Y en este terreno las simplificaciones caben quizá menos que en cualquier otro, pues,

(4) *Los memoriales del padre Silva sobre la predicación pacífica y los repartimientos*, ed. de P. Castañeda Delgado, Madrid, CSIC-Instituto “Gonzalo Fernández de Oviedo”, 1983, pág. 247. El texto fue firmado en 1613 en España tras más de veinte años de estancia del franciscano en Indias. Otros muchos pasajes relativos al oro y a la riqueza de América se encuentran en la obra de fray Juan de Silva.

(5) *Ibídem*. Y véanse estos significativos párrafos de los memoriales de 1613 y 1617-1618, respectivamente: “Y a lo que dicen que faltando en la tierra el servicio personal se perderán las haciendas, el comercio y el trato, y que de las minas no se sacará plata, y si se sacase será tan poca que no será de consideración, y así faltará al Rey y al Reino de España el socorro que cada año le va en las flotas, sin el cual parece que ya no se puede pasar ni sustentar el Reino”; “los pequeñuelos, que son los gentiles, pidieron pan, y no hay quien se lo dé, de más de que, habiendo sido Dios Nuestro Señor tan liberal con España en darle tanta multitud de millones como de las Indias han venido y vienen [. . .], parece grande ingratitud negarle cosa tan poca y tan necesaria y que amenaza castigo de la propia moneda, pues vemos cuán apriesa se va cada año disminuyendo” (págs. 278-279, 310).

sin ir más lejos, un fray Diego de Landa, significado por su afán destructor de los signos externos de la civilización maya, al mismo tiempo se distinguió transmitiéndonos la más extraordinaria información acerca de la vida y de las tradiciones del pueblo yucateca (6).

Y aún hay más, porque fray Diego de Landa no sólo se revela en su texto cual consumado etnógrafo, y por consiguiente como persona especialmente dotada para la observación de los detalles, incluidos los que suponen estas curiosas menudencias ornitológicas:

Hay otros pájaros que en las travesuras y cuerpo son como las picazas y grandes gritadores a la gente que pasa por los caminos; que no la dejan ir secreta. Hay muchos avioncillos o golondrinas, y yo he creído que son aviones porque no crían en las casas como las golondrinas (7).

Sino que su sensibilidad de naturalista *avant la lettre* tiene también muy en cuenta un factor tan determinante de la idiosincrasia de no importa qué comunidad como es la lengua. Así, con ocasión de su relato sobre los modos y medios de adoctrinamiento de que los franciscanos se sirvieron en el Yucatán, nos proporciona una sucinta descripción del maya, aunque fragmentaria bastante conformada a la moderna fonología y bajo el prisma del acusado polisemantismo de este idioma amerindio:

Que aprendieron [los frailes] a leer y escribir en la lengua de los indios, la cual se redujo tanto a un arte, que se estudiaba como la latina, y que se halló que no usaban de seis letras nuestras, que son D, F, G, Q, R y S, que para cosa ninguna las han menester; pero tienen necesidad de doblar y añadir otras para entender las muchas significaciones de algunos vocablos, porque *Pa* quiere decir abrir, y *PPa*, apretando mucho los labios, quiere decir quebrar, y *Tan* es cal o ceniza, y *Than*, dicho recio, entre la lengua y los dientes altos, quiere decir palabra o hablar; y así en otras dicciones (8).

No acaba aquí, sin embargo, lo que puede tomarse por reflexiva postura de Diego de Landa ante la realidad lingüística indígena, pues, por ejemplo y como fue normal en muchos cronistas, si ha de ocuparse de frutos

(6) Diego de Landa, *Relación de las cosas de Yucatán*, ed. de M. Rivera, Madrid, Historia 16, 1985.

(7) Diego de Landa, *Relación . . .*, págs. 176-177. Asombra también la minuciosidad no exenta de virtuosismo literario con que, dentro de la sencilla naturalidad franciscana, describe "la diversidad de yerbas y flores que a Yucatán ornan en sus tiempos, así en los árboles como en las yerbas, y muchas de ellas a maravilla lindas y hermosas, y de diversos colores y olores, las cuales, allende el ornato con que a los montes y campos atavían, dan abundantísimo mantenimiento a las abejas para su miel y cera" (págs. 170-171).

(8) Diego de Landa, *Relación . . .*, pág. 70. Para no ser anacrónicos habrá que tener en cuenta, entre otras cosas, que la distinción entre letras y sonidos no se produjo con meridiana claridad en la lingüística europea hasta mediados el siglo XIX.

locales que tienen algún parecido con otros conocidos en Europa, les aplicará el correspondiente nombre genérico español, así cuando se refiere a las clases de "ciruelos" y "ciruelas" de la península centroamericana, mientras que tratándose de cosas o seres exóticos, o se limita a describirlos sin una concreta atribución léxica, o por lo general les dará únicamente el nombre indio -verbigracia en su mención de los árboles yucatecas *ya*, *ox* y *on-*, si bien no será raro que al señalar sus respectivas características indique que "llevan una fruta ni más ni menos que las avellanas" o que "lleva una fruta como calabacillas grandezuclas" (9), con la casi inevitable alusión a lo hispánico.

Por estos simples apuntes se aprecia ya que la lengua española todavía no se había adecuado perfectamente en el nivel léxico a las necesidades que el mundo americano planteaba, y tal inadecuación se comprueba en el doble valor que este autor concede a la palabra *lagarto*, que usa para designar lo mismo al caimán que a la iguana, aunque en el segundo caso como componente de una expresión comparativa junto al término antillano ("*iguanas* [. . .] como *lagartos de España*" (10) y en el primero con adición adjetiva sin correspondencia léxica autóctona ("*fieros lagartos*") (11). No existe problema alguno, sin embargo, con vocablos como *canoa* o *maíz*, por entonces de difusión cuasi general en el dominio americano.

(9) Diego Landa, *Relación . . .*, pág. 174.

(10) Diego Landa, *Relación . . .*, pág. 167.

(11) *Ibídem*. También adjetivará a este *lagarto* como *muy tragón* (pág. 168). Desde las primeras crónicas se denomina así al caimán americano y de este hábito lexicológico participan los escritores franciscanos, pues *lagartos de agua* llamará a estos saurios fray Toribio de Benavente, y aun se verá obligado a precisar que "algunos quieren decir que estos *lagartos* sean los *cocodrilos*", introduciendo una distinción entre la especie indiana y la africana: *Historia de los indios de la Nueva España*, ed. de C. Estevan, Madrid, Historia 16, 1985, págs. 85, 251. De todos modos el procedimiento léxico-semántico en cuestión no era desconocido en español, pues Nebrija ya había traducido *lacertus* por "el lagarto pece marino", en su *Latina vocabula ex Iure Ciuli in uoces hispanienses interpretata*, apud J. Perona, "Un diccionario en los albores del siglo XVI", *Cahiers de Linguistique Hispánique Médiévale*, 13, 1988, pág. 15.

Del arraigo que esta atribución léxica de los descubridores a una realidad indiana para ellos hasta entonces ignorada logró, dar buena idea la circunstancia de que todavía recoja *lagarto de Indias* 'caimán', la Real Academia Española en su *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1984, 20ª ed., s.v. *lagarto*; o el hecho de que el sintagma *el lagarto* lo tomara el inglés como *alagartoos*, primero (a. 1579), y como *alligator*, 'caimán', después (a. 1593): J. Corominas, con la colaboración de J.A. Pascual, *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico [DECH]*, Madrid, Gredos, 1980 y sigs., s.v. *lagarto*.

3. De sobras sabido es que los franciscanos fueron auténticos maestros de la crónica etnográfica y verdaderos adelantados de la antropología cultural, por lo que no es de extrañar que fray Bernardino de Sahagún emprendiera la redacción de su grandiosa obra auxiliado de un cuestionario para el trabajo de campo (“hice en lengua castellana una minuta o memoria de todas las materias de que había de tratar”, recuerda el monje leonés) (12) y previa la cuidadosa selección de los nativos que debían llevar a cabo la pesquisa directa. Ahora bien, esa ingente labor cronística no hubiera sido posible sin el fervor que los franciscanos demostraron por el aprendizaje de las lenguas indígenas y sin la decidida apuesta que hicieron en favor de su empleo, considerándolas como las consideraron eficazísimo instrumento de evangelización. Y esta constante preocupación por el lenguaje sin duda ayudó a que entre ellos despertaran inquietudes de signo teórico, así la que se plasma en el siguiente planteamiento del mismo Sahagún sobre los sinónimos, y ha de advertirse que su juicio es de la más rabiosa modernidad:

Otra cosa va en la lengua, que también dará disgusto al que la entendiere, y es que de una cosa van muchos nombres sinónimos y una manera de decir, y una sentencia va dicha de muchas maneras. Esto se hizo aposta, por saber y escribir todos los vocablos de cada cosa, y todas las maneras de decir de cada sentencia, y esto no solamente en este libro, pero en toda la obra (13).

Como innovadora y rigurosa es la nota de geografía lingüística que fray Diego de Landa esboza con su distinción entre el maya *yaxché*, de extensión meramente regional, y su sinónimo *ceiba*, de origen taíno pero convertido por los colonizadores en indoamericanismo general:

(12) Fr. Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, ed. de A.M^a. Garibay, México, Editorial Porrúa, 1985, 6^a. ed., pág. 73.

(13) *Historia general* . . . , pág. 430. Téngase en cuenta que el mismo término *sinónimo* lo fecha por primera vez Corominas con la forma *sinónimo* en 1610 (*DECH*. s.v. *nombre*). También expresa con la mayor rotundidad Sahagún el espíritu que guía su trabajo en este aleccionador párrafo: “Es esta obra como red barredera para sacar a la luz todos los vocablos de esta lengua con sus propias y metafóricas significaciones y todas sus maneras de hablar, y las más antiguallas buenas y malas; es para redimir mil canas, porque con harto menos trabajo de lo que aquí me cuesta podrían los que quisieren saber en poco tiempo muchas de sus antiguallas y todo el lenguaje de esta gente mexicana. Aprovechará mucho toda esta obra para conocer el quilate de esta gente mexicana” (pág. 18). Objetivos lingüísticos y antropológicos a partes iguales, y probable condicionamiento ejercido por la redacción náhuatl sobre su romanceamiento en español.

y un árbol que allá llaman *yaxché* muy fresco y de gran sombra, que es (una) *ceiba*, debajo de cuyas ramas y sombra descansarían y holgarían todos siempre (14).

Tradicción y novedad se aunan en el tratado que sobre el *ars memorativa*, en latín y con el título de *Rhetorica Christiana* publicó en Perusa el año 1579 el mestizo mejicano Diego Valadés, miembro de la Orden de los Observantes de San Francisco (15). Por un lado, afloran en su libro las raíces de un multiseccular saber sobre las técnicas de la memoria artificial; por otro lado, adapta esos conocimientos de extracción libresco a las necesidades pedagógicas del adoctrinamiento de los indios, a los que, por ejemplo, destina un alfabeto jeroglífico. Valadés se había familiarizado con la ancestral costumbre precolombina de transmitir ideas e historias a través de las imágenes, tan arraigada en el ambiente indígena en el que él mismo creció, y de ese abigarrado medio nativo tomó no pocos motivos pictóricos, hasta el punto de que, según ha advertido Aurora Egido, “el simbolismo del viejo y del nuevo mundo se daban la mano con los grafismos de este fraile, ya fuese con figuras de halcones y leones imperiales o con el dibujo de flechas y frijoles” (16).

(14) Diego de Landa, *Relación . . .*, pág. 102. Demuestra la aguda percepción lingüística de este franciscano la simple consulta de F.J. Santamaría, *Diccionario de mejicanismos*, México, Editorial Porrúa, 1978, 3^a. ed., s.vv. *ceiba*, *yaxché*. Por su parte, M.A. Morínigo da como general la voz *ceiba* y no menciona el regionalismo léxico en su *Diccionario de americanismos*, Barcelona, Muchnik Editores, 1985, 2^a. ed.

(15) Cf. R. Taylor, *El arte de la memoria en el Nuevo Mundo*, Madrid, Swan-Avantos-Hakeldama, 1987. Afirma Taylor, con datos que seguramente ha tomado de E.J. Palomera, que Valadés nació en Tlaxcala el año 1533, “hijo de un conquistador llamado Diego Valadés y de una mujer india de aquella misma región” (pág. 15). Por su parte, I. Vázquez Janeiro de alusiones autobiográficas de fray Diego y con datos auxiliares niega su oriundez criolla y supone que habría salido de España siendo muy joven: “Fray Diego Valadés. Nueva aproximación a su biografía”, *Actas del II Congreso Internacional sobre los franciscanos en el Nuevo Mundo (siglo XVI). La Rábida, 21-26 de septiembre de 1987*, Madrid, Editorial Deimos, 1988, págs. 843-871. Como quiera que sea, está fuera de toda duda el arraigo que, al menos desde apenas superada su niñez, tuvo Valadés en la Nueva España.

(16) Aurora Egido, “El Nuevo Mundo y la memoria artificial”, *Insula*, núm. 488-489, pág. 7. En la siguiente anotación de fray Toribio de Benavente se comprueba, por si otros testimonios faltaran, el ancestral apego de los indios de Nueva España hacia la representación pictórica de sus ideas: “Una cuaresma estando yo en Cholola, que es un gran pueblo cerca de la ciudad de los Angeles, eran tantos los que venían a confesarse, que yo no podía darles recado como yo quisiera; y díjeles: yo no tengo de confesar sino a los que trajeren sus pecados escritos y por figuras, que esto es cosa que ellos bien saben hacer y entender, porque esta era su escritura; y no lo dije a sordos, porque luego comenzaron tantos a traer sus pecados escritos, que tampoco me podía valer, y ellos con una paja apuntando y yo con otra ayudándoles, se confesaban muy breve-

4. Si los franciscanos echaron mano de la pintura en el proceso evangelizador es porque les sirvió de inestimable apoyo didáctico, pero dicho recurso fue en ellos factible merced a la identificación que desde el principio buscaron con el entramado sociológico de los pueblos entre los cuales hacían proselitismo religioso. Esto presuponía la asimilación de la cultura lingüística de cada uno de ellos --siempre que ello era posible y contando con el auxilio de las lenguas generales, allá donde éstas resultaban eficaces--, y de dicho poliglotismo con toda razón se vanagloriaron los escritores de la Orden seráfica. Entre ellos fray Toribio de Benavente, quien en diversos pasajes insiste en la bondad que conllevaba el dominio de idiomas por parte del misionero (“gran ciencia es saber la lengua de los indios y conocer esta gente”) (17), a la par que critica a los que no se esforzaron por llegar a la misma meta, especialmente a fray Bartolomé de las Casas, “porque él no procuró de saber sino lo malo y no lo bueno, ni tuvo sosiego en esta Nueva España *ni dependió lengua de indios* ni se humilló ni aplicó a les enseñar” (18).

También pondrá énfasis el franciscano en valorar sus opiniones por encima de las del rival dominico con tan contundente argumento como éste:

Bien parece que supo poco de los ritos y costumbres de los indios de esta Nueva España [. . .]. Tres o cuatro frailes hemos escrito de las antiguallas y costumbres que estos naturales tuvieron, e yo tengo lo que los otros escribieron, y porque a mí me costó más trabajo y más tiempo, no es maravilla que lo tenga mejor recopilado y entendido que otro (19).

mente; y de esta manera hubo lugar de confesar a muchos, porque ellos lo traían tan bien señalado con caracteres y figuras, que poco más era menester preguntarles de lo que ellos allí traían escrito o figurado; y de esta misma manera se confesaban muchas mujeres de las indias que son casadas con españoles, mayormente en la ciudad de los Angeles, que después de México es la mejor de toda la Nueva España” (*Historia de los indios . . .*, pág. 171).

(17) *Historia de los indios . . .*, pág. 161. En esta tan breve como paradigmática cita se aprecia de qué modo en el pensamiento de Motolinía iban de la mano la intencionalidad lingüística con la etnográfica.

(18) *Historia de los indios . . .*, pág. 309. Este pasaje corresponde a la carta de fray Toribio al Emperador Carlos V que el editor de su crónica inserta al final. Muestra del conocimiento del mundo indígena que llegó a tener Motolinía y de su postura reflexiva ante el fenómeno del lenguaje es el atisbo de comparación tipológica que en estas palabras suyas se expresa: “de lo cual los criados y vasallos se quejaron a el padre, diciendo: “tu hijo Cristóbal quebranta los ídolos tuyos y nuestros, y el vino que puede hallar todo lo vierte. A tí y a nosotros echa en vergüenza y en pobreza. Esta es manera de hablar de los indios, y otras que aquí van, que no corren tanto como nuestro romance” (págs. 267-268).

(19) *Historia de los indios . . .*, pág. 320. Fray Toribio no sólo había “recopilado” personalmente “antiguallas” indígenas, sino que, como él mismo parece indicar, cono-

No anda descaminado fray Toribio de Benavente en la creencia de su superioridad, de principio al menos, para entender el espíritu de los indios sobre quienes no disponían de la apropiada herramienta lingüística y para colmo no se habían preocupado por adentrarse en la variopinta cultura de éstos, ni de bucear en los arcanos de su pasado. Se trataba, qué duda cabe, de importantísimas claves para la comprensión de los indígenas y, por consiguiente, de eficaces armas para su captación religiosa. Bien por derecho declara el padre Sahagún cuál era la finalidad de las crónicas etnográficas:

Y fácil cosa le será para entonces [al diablo] despertar todas las cosas que se dice estar olvidadas cerca de la idolatría, y para entonces bien es que tengamos armas guardadas para salirle al encuentro. Y para esto no solamente aprovechará lo que está escrito en este Tercer Libro, pero también lo que está escrito en el Primero, Segundo, Cuarto y Quinto. Ni tampoco habrá oportunidad para que sus satélites entonces engañen a los fieles y a los predicadores, con dorar con mentiras y disimulaciones las vanidades y bajezas que tenían cerca de la fe de sus dioses, y su cultura, porque parecerán las verdades puras y limpias, que declaran quiénes eran sus dioses y qué servicios demandaban, según se contiene en los libros arriba dichos (20).

Con tales presupuestos no cabe extrañarse de la fidelidad con que los relatos debidos a autores franciscanos recogen todo lo atingente al dominio de la vida individual y social de las gentes amerindias (tradiciones y leyendas, ritos religiosos y procedimientos de cómputo cronológico, modos arquitectónicos, de vestimenta y de alimentación, etc.). A la reflexión de estos monjes no se le podía ocultar la circunstancia de que los elementos individualizados del mundo conceptual y del material se expresan a través de las palabras, de ahí su exquisito esmero en la pesquisa léxica, que, aun sin contar con las obras monográficamente dedicadas a esta concreta parcela lingüística, se manifiesta profusa y rigurosamente exacta en las que no son de contenido lexicográfico. Aparte de los indicios de ello más arriba apuntados, como meros botones de muestra mencionaré el ejercicio con atisbos de geografía lingüística que fray Toribio de Benavente hace a propósito del uso de las voces *nopal* y *tunal*, del fruto y de las propiedades de la planta, o su estupenda descripción semántica de las diferentes clases de aguacates, comparados los de menor tamaño con las "aceitunas cordobesas" (21). Traer a colación ejemplos sobre el particular

cía las relaciones de otros religiosos, y aun las de escritores laicos, pues a propósito de la descripción del manatí remite a la *Historia general de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo (pág. 255).

(20) *Historia general . . .*, pág. 189. Y véase la nota 43.

(21) *Historia de los indios . . .*, pág. 224, 244-245. En el primer caso matiza que "este vocablo *tunal*, y *tuna* por su fruta, es nombre de las Islas", mientras que "en esta

de un autor como fray Bernardino de Sahagún sería cosa de nunca acabar, habida cuenta de la inagotable plétora de vocabulario, tanto español como indígena, que su obra encierra y de la minuciosidad con que lo maneja; y, si no, recuérdese la extensísima lista de nombres de atavíos de las mujeres aztecas que reúne o la de denominaciones de flores silvestres (22), una y otra en lengua náhuatl y por sí solas justificativas de esta advertencia suya al lector: “Tienes también mucha copia del lenguaje tocante a esta materia, entre ellos bien trillada y a nosotros bien oculta” (23).

5. En el fondo de la problemática que hasta aquí ha venido ocupándonos se pone de relieve el didactismo que los franciscanos tuvieron por norte en su acción evangelizadora, pero que asimismo quedó plasmado en sus textos, fueran o no cronísticos. Puede hablarse de un meditado planteamiento pedagógico que no está reñido, sino todo lo contrario, con la persecución de fines prácticos, sea la conversión de las masas indígenas sea el convencimiento de los destinatarios de sus escritos, tanto más fácil de conseguir cuanto más exactos y fiables éstos resultasen (24). Por supuesto, hay también voluntad de estilo, visible incluso en protestas de inhabilidad, al fin y al cabo constitutivas de la retórica humildad fingida, como la que estas palabras de fray Toribio de Benavente expresan:

En esta casa de Tlaxcala en el año de 1536 vi un ofrecimiento que en ninguna otra parte de la Nueva España he visto ni creo que le hay; el cual para escribir y notar era menester otra mejor habilidad que la mía (25).

En caso de conflicto entre la belleza del mensaje y su efectividad, que desde el punto de vista de estos autores va ligada al realismo etnográfico y a la exhaustiva concreción lingüística, las pautas estéticas serán sacrificadas sin dudar, como paladinamente confiesa el padre Sahagún en aquel

Nueva España a el árbol llaman *nucpal* y a la fruta *nuchtli*”. La expresión “nombre de las Islas” significa para el lingüista ‘de origen taíno’, y para comprobar el acierto dialectológico, y aun sociolingüístico, de fray Toribio de Benavente bastará con consultar las entradas *noctli* (antiguo *nochtli*), *nopal* y *tuna* del *Diccionario de mejicanismos* de F.J. Santamaría.

(22) *Historia general* . . . , págs. 122, 127.

(23) *Historia general* . . . , pág. 221.

(24) En todos los escritos franciscanos que en mi estudio considero es casi palpable el referido punto de vista, aunque en materia de fiabilidad histórica y etnográfica habrá que contar con las dificultades que ofrecía la complejísima realidad americana, y con el hecho de que el rigor científico debe situarse en el contexto temporal al que las obras en cuestión pertenecen, y no en una anacrónica relación con los cánones al respecto hoy vigentes.

(25) *Historia de los indios* . . . , pág. 122.

pasaje suyo ya citado, donde supedita el probable disgusto del lector a la, para él imprescindible, acumulación de sinónimos (26).

El propio cronista sabrá distinguir bien qué partes de su obra se prestan mejor a la explayación retórica y cuáles requieren una mayor sencillez, es decir, un estilo más conciso, adecuado a la pura y simple descripción. De este modo, en los prólogos echará mano de una sintaxis latinizante, llena de subordinación oracional y dotada de frases parentéticas, de participios absolutos, de paralelismos y de antítesis (27). En esos fragmentos la exposición se hace argumentativa, progresiva y lógica. Igualmente, en lo que llama "exclamación del autor" la carga de conocimientos retóricos de que su formación escolar y sus lecturas lo habían dotado se plasma en una a veces ininterrumpida sucesión de interrogaciones y de apóstrofes, rasgos identificados en los cánones de la predicación medieval.

Por el contrario -y esta contraposición estilística en mayor o menor medida se da en otros escritores franciscanos- en el texto genuinamente cronístico la frase se vuelve menos amplia, la sintaxis más elemental, con acusada presencia de la parataxis en varios trechos del relato (28). En consonancia con los fines perseguidos, no serán insólitas las imágenes de gran plasticidad descriptiva, como las que Sahagún obtiene con el tema del indio borracho para repudiar el vicio de la embriaguez:

Y si es mujer la que se emborracha, luego se cae asentada en el suelo, encogidas las piernas, y algunas veces extiende las piernas en ese suelo; y si

(26) Véase el párrafo al que la nota 13 se refiere. Las opiniones de Sahagún en este lugar reunidas dan fe de que no es casual la reiteración léxica, sino que obedece a un plan preestablecido.

(27) Ejemplos de ello se encuentran ya en el Prólogo inicial a la *Historia general...*, v. gr. la interrogación retórica "mas ¿para qué me detengo en contar adivinanzas?", o la construcción paralelística "cuán fuertes son en sufrir trabajos de hambre y sed, frío y sueño, cuán ligeros y dispuestos para acometer cualesquiera trances peligrosos" (pág. 20). O, en el del Libro Cuarto, la argumentación lógica, participio absoluto incluido, "esta manera de adivinanza en ninguna manera puede ser lícita, porque ni se funda en la influencia de las estrellas, ni en cosa ninguna natural, ni su círculo es conforme al círculo del año, porque no contiene más de doscientos sesenta días, los cuales acabados, tornan al principio. Este artificio de contar o es arte de nigromántica o pacto y fábrica del demonio, lo cual con toda diligencia se debe desarraigat", y la frase antitética "entre ellos bien trillada y a nosotros bien oculta" (pág. 221).

(28) Nada más en los primeros diez párrafos del Capítulo I del Libro Tercero se cuentan varias decenas de coordinaciones del tipo y . . . y . . . y (*Historia general...*, págs. 191-192). Ignoro si en este punto pudo influir el modelo lingüístico náhuatl, o las necesidades sintácticas de la traducción.

está muy borracha, desgréñase los cabellos y así está toda descabellada y duérmese, revueltos todos los cabellos (29).

Se recurrirá, asimismo con profusión, a la reiteración semántica, a la ampliación de ideas complementarias o antitéticas, pero siempre dentro de la brevedad sintáctica:

La tercera casa de este signo se llama *yei atl*; decían que era indiferente, o bien o mal afortunada, porque cualquiera que naciera en este día, que sería rico y próspero y tendría mucha hacienda, que ganaría por su trabajo y que la perdería presto, y que se desharía como agua o como cosas que lleva el río, y nunca saldría con nada, ni tendría reposo, ni contento, todo se le desharía entre las manos y todo su trabajo saldría en vano (30).

Cierto que el estilo en este párrafo reflejado puede estar condicionado por el texto náhuatl que le sirve de modelo, pero los elementos lingüísticos que le dan vida están todos presentes en el español escrito del Siglo de Oro. También son usuales entre los franciscanos procedimientos léxico-semánticos pertenecientes a la tradición alfonsí, verbigracia el empleo de dobles sinónimos, la comparación y la definición; y si no puede afirmarse que posean la exclusiva de estos recursos ni que todos los utilicen en idéntica medida, sí cabe asegurar que en general se muestran muy hábiles en su manejo.

Así, fray Bernardino de Sahagún se significa por un insaciable empleo de sinónimos (emparejará voces indígenas con españolas o términos sólo romances), por la exuberancia de su vocabulario, por la frecuencia de sus explicaciones semánticas y por el acopio de diminutivos, con los que tiñe de afectividad su lenguaje:

y los tamales que las ponían eran muy *chiquitos*, conforme a las imágenes, que eran muy *pequeñitas*; poníanlos en unos *platillos pequeñuelos* y unos *cajetillos* con un *poquito* de mazamorra, y también unos *tecomates pequeñitos* (en) que cabía (un) *poquito* de cacaoatl (31).

(29) *Historia general* . . . , pág. 228. No es la única vez que Sahagún describe en detalle la deplorable fisonomía del indio embriagado y las consecuencias que el vicio traía consigo.

(30) *Historia general* . . . , pág. 229.

(31) *Historia general* . . . , pág. 148. Casos de abundancia léxica como los que a continuación aduzco se reiteran una y otra vez en esta crónica: "los que nacían en estas casas son mal acondicionados, murmuradores y malsines, y cautelosos y doblados y testimoñeros", "decían que los que nacían en este signo, si eran hombres, serían valientes y osados y atrevidos, y desvergonzados y presuntuosos y soberbios, y decidores de palabras soberbias y afrentosas, y (que) presumirían de bien hablados y corteses y serían jactanciosos y lisonjeros" (págs. 241, 250).

Esta última nota, la de la afectividad, aflora aquí y allá en la obra del etnógrafo franciscano, casi siempre por medio de los abundantísimos morfemas derivativos, pero también con otras posibilidades de la minoración semántica (“cesaban del trabajo *un poco tempranillo*” (32)), y de su mano va la tendencia al popularismo, manifiesta en expresiones como éstas: “los taberneros iban *cebando el tinajón*, de manera que siempre estaba lleno”, “como quien da papirote”, “quedaos a dios”, “viento de navajas”, “porque dizque decía”, “todo cuanto tiene se le deshace como sal en el agua”, “manadas de mazorcas de maíz” (33). Sin embargo, no es la fraseología el fuerte estilístico de Sahagún, ni el retoricismo, aunque sepa construir la sinécdoque de *madera por canoa* (34). Decididamente, su instrumento ideal es el de la superabundancia léxica, tanto en formas amerindias como romances.

El hipérbaton, la ilación lógica, las retóricas comparaciones, las construcciones absolutas o el motivo de la modestia tópica no faltarán en la “Epístola proemial” de fray Toribio de Benavente (35), si bien en su libro no hay una separación estilística tan rotunda como la que en el suyo establece fray Bernardino. Nada raro que así sea, pues el de Benavente tiene un vivísimo sentido de la autoría de su escrito, que taxativamente pide se le respete para sí o para la Orden francisca (36), como acusado es

(32) *Historia general . . .*, pág. 213.

(33) *Historia general . . .*, págs. 95, 168, 206, 207, 230, 253.

(34) “Llegados con todas sus ofrendas y con los corazones de los muertos, metían en una *canoa* grande, que era del señor, y luego comenzaban a remar con gran prisa [. . .]. Llegados al lugar donde se había de hacer la ofrenda, el cual se llamaba Pantitlan, metían la *madera* entre muchos maderos que allí estaban hincados, en cerco de un sumidero que allí había, que llamaban *aóztec*; entrando entre los maderos, luego los sátrapas comenzaban a tocar sus cornetas y caracoles, puestos de pie en la proa de la *canoa*” (*Historia general . . .*, págs. 118-119). La sinécdoque en parte puede estar apoyada en la proximidad del vocablo *madero*, usado en su primer sentido castellano, pero no debe olvidarse que *fuste* y *leño* conocieron el significado de ‘buque’ en romance hispánico, acepción sin ningún género de duda culta. Cultismo y latinismo hay también en el empleo por parte de fray Bernardino de la palabra *vaso* con similar contenido semántico marinerero: “Del origen de esta gente la relación que dan los viejos es que por la mar vinieron de hacia el norte, y cierto es que vinieron en algunos *vasos* (que) no se sabe cómo eran labrados” (pág. 20).

(35) “Y de aquí es que . . .” (ilación lógica, reiteradamente usada), “porque lo contrario hacer sería gran desatino” (hipérbaton), “muerto el viejo Moteuczoma sin hijo varón . . .” (participio absoluto), “estas dos generaciones son las de más *bajo metal*” (metáfora), “mostrando ser no menos generoso que católico señor” (comparación retórica), “en los cuales [ratos] he recopilado esta relación y servicio que a vuestra señoría presento; en la cual sé que ha quedado tan corto que podría ser notado de los prácticos en esta tierra” (modestia tópica): *Historia de los indios . . .*, págs. 51-63.

(36) *Historia de los indios . . .*, pág. 63.

el prurito de corrección y de singularidad de estilo que vierte en estas palabras suyas de disculpa, “porque muchas cosas después de escritas aún no tuve tiempo de las volver a leer, y por esta causa sé que va algo vicioso y mal escrito” (37).

De acuerdo con este planteamiento, las oraciones interrogativas y exclamativas se reiterarán a lo largo de la *Historia de los indios de la Nueva España*, y tampoco se desconocerá la alusión etimológica, inserta en el más antiguo saber gramatical, por ejemplo cuando fray Toribio relaciona *volcán* con *boca*, el hidrónimo *Papaloapa* con el verbo *papar* (“porque él *papa* y recoge en sí muchos ríos”), o cuando indica que “México, según la etimología de esta lengua, algunos la interpretan fuente o manadero”) (38). Rasgo de la personal manera de escribir de este autor es que, a diferencia del anterior, no lo fía todo al aparato léxico de su obra, sino que hará que en ella prevalezca la descripción sintáctica a costa de una presencia mucho menor de sinónimos y de sufijos diminutivos, pero no de la exactitud del vocabulario empleado, más parco, eso sí, y sin embargo adornado de llamativas precisiones de geografía lingüística (39). Motolinia no romperá, ni mucho menos, con las exigencias de fiabilidad que mueven a sus correligionarios, como él se encarga de advertir a cada paso (40).

(37) *Ibidem*. También es significativa esta otra observación suya: “siguiendo la brevedad que a todos aplace, diré lo que ví yo y supe” (pág. 150).

(38) *Historia de los indios . . .*, págs. 230, 252. Otras menciones etimológicas hay en esta obra, y en ellas suele plasmarse lo que se conoce por “etimología popular”. Es el caso de la relación entre *papar* y *Papaloapa*, y la que indirectamente establece entre *volcán* y *boca*: “A la una de estas sierras llaman los indios Sierra blanca, porque siempre tiene nieve; a la otra llaman Sierra que echa humo [. . .]. Este *volcán* tiene arriba en lo alto una gran *boca*, por la cual solía salir un grandísimo golpe de humo [. . .]. Habrá de México a lo alto de esta sierra o *boca* doce leguas [. . .]. Algunos querían decir que era *boca del infierno*”.

(39) Aparte de lo indicado en la nota 21, véanse estas citas: “en *acales* o barcas, que en lengua de las Islas llaman *canoas*”, “hay unas como sierpes que los indios llaman *queuhquezpál*, que quiere decir serpiente de monte; a los lagartos grandes llaman serpiente de agua. En las Islas llaman a las primeras *iguanas*”, “después que el *methl* o *magüey* tiene su cepa crecida . . .”, “*me* es un árbol o cardo que en lengua de las Islas se llama *magüey*” (*Historia de los indios . . .*, págs. 227, 254, 292-293).

(40) “Estos tenían otras muchas fiestas con grandes ceremonias y crueldades, de las cuales no me acuerdo bien para escribir verdad, aunque moré allí seis años entre ellos, y oí y supe muchas cosas; pero no me informaba para lo haber de escribir”, “muchos de estos convertidos han visto y cuentan diversas revelaciones y visiones, las cuales, visto la sinceridad y simpleza con que las dicen, parece que es verdad; mas porque podría ser a el contrario, yo no las escribo, ni las afirmo, ni las repruebo, y también porque de muchos no sería creído”, “y yo he estado cerca de donde salió este agua que digo, y me he certificado de todos los indios de aquella tierra”: *Historia de los indios . . .*, págs. 100, 172, 230.

Ahora bien, en nuestro cronista el rigor del relato gana en amenidad con la proliferación de dichos, frases hechas y expresiones populares como las que a continuación refiero: “morían como chinches, a montones”, “haciendo de las tripas corazón”, “agarrochándole como a toro”, “porque la gente es de buena masa”, “que ni pintado”, “hacer su pella” (41). En efecto, no enojan al lector, todo lo contrario, las imágenes y comparaciones enormemente realistas con que Motolinia florea su texto, ni los refranes que lo matizan de coloquialismo y de ejemplaridad práctica: “por eso, ande buena olla y mal testamento, que el que no hace lo que sabe, su muerte come en la olla; por eso, no curéis de saber de dónde viene la gallina sin pagarla”; “que las ovejas había vuelto cabrones, y de buen carretero echó el carro delante y los bueyes detrás”, “más vale bueno por fuerza que malo por grado” (42).

6. Afines son a los escritores franciscanos de Indias la preocupación por la veracidad etnográfica e histórica y un muy especial tratamiento de los hechos lingüísticos. Hay asimismo en ellos conocimientos de retórica y dominio de la sintaxis cultista y popular, así como una notoria inclinación por las citas eruditas o por las bíblicas, evangélicas y patristicas. No obstante, estos ingredientes cada autor los somete a su particular estética y a los condicionamientos de su formación intelectual. Pero el determinismo mayor quizá radique en el espíritu práctico que en todos ellos alienta, del que no podrá desligarse el enfoque lingüístico que a las distintas obras se concede, según sean sus contenidos o los destinatarios de las mismas.

Por ello, en las diferencias que hemos advertido entre Sahagún y Benavente algo habrá influido la circunstancia de que el primero dedique su libro al Comisario General de los franciscanos, y con él a todos los misioneros de su Orden, mientras que el segundo lo dirige al señor de la villa que lo viera nacer y a otras “personas asaz doctísimas” de la Penínsu-

(41) *Historia de los indios . . .*, págs. 68, 69, 111, 168, 248, 320. No se agotan con éstas las expresiones coloquiales de Motolinia, pues usa otras más del género, como “que maldito el escrupulo que de ello tenían” (pág. 99).

(42) *Historia de los indios . . .*, págs. 258, 308, 311. Casi la mitad de estos refranes corresponde a la crónica y el resto a la carta que le sigue, mientras que todas las frases y expresiones de la nota 41, salvo la última, pertenecen al libro propiamente dicho, que en esta cuestión estilística no discrepa del texto epistolar. En otro orden de cosas, el uso que Motolinia hace del refrán “echar el carro delante y los bueyes detrás” me sugiere que tal vez no estuve acertado cuando apunté la posibilidad de una ascendencia francesa al proverbio “poner el carro ante los bueyes”, que aparece en el código foral *Vidal Mayor* del siglo XIII: edición facsímil de Instituto de Estudios Altoaragoneses-Diputación Provincial de Huesca, Madrid, 1989, tomo de “Estudios”, pág. 104.

la, según él mismo precisa (43). Justamente, la finalidad curialesca de los memoriales de fray Juan de Silva explica el dominio del estilo clasicista y retórico que en ellos tiene lugar, con numerosas citas latinas, menciones de autoridades de la antigüedad pagana y, sobre todo, con un constante aprovechamiento de los textos sagrados. La argumentación lógica y los giros propios de la predicación eran naturales en unos escritos que intentaban orientar en una cierta dirección las decisiones del monarca. A su postura intelectual se deben las amplificaciones, incontables, que lleva a cabo mediante dos, tres, cuatro y hasta cinco vocablos o sentencias, con sobresaliente preponderancia de las de tres elementos, número mágico que en el padre Silva seguramente recibe resonancias teológicas (44).

Otras muchas vertientes de la "cuestión lingüística" aquí apenas esbozada merecerían encararse. Entre ellas la impronta dialectal registrada en autores de procedencia regional originariamente no castellana (45), el proceso de normalización idiomática que se acentúa a fines del siglo XVI y comienzos del XVII (46), o la incidencia del americanismo léxico en sus

(43) A fray Rodrigo de Sequera, quien "mandó que estos libros todos se romanzasen, y así en romance como en lengua mexicana se escribiesen de buena letra", ofrece fray Bernardino su *Historia general* . . . , pág. 15, así como a los "predicadores y confesores, médicos de las ánimas". Y Benavente en *Historia de los indios* . . . , pág. 63. Aunque el "capítulo" de que habla fray Toribio fuera de franciscanos, siempre estaría formado por lectores peninsulares.

(44) Véanse sólo estas tres citas, de tantas otras que cabría aducir: "dañosos para sus *vidas, haciendas y libertad*", "que no hay duda sino que será *más bien empleado, y más bien gastado* y con *más aprovechamiento* espiritual y temporal", "cuanto más que todas las rebeliones y motines que en el mundo ha habido no han sido por buenos, sino por malos tratamientos. Los *cautivos de Argel*, por alcanzar libertad; los *soldados de Flandes*, porque no los pagan; y los *vasallos*, por no verse oprimidos y afligidos [...]". Y así se lee en la Sagrada Escritura, libro de los Jueces, cap. 9, que cuando se amotinaron los árboles y quisieron levantar Rey, que ni la *higuera*, ni el *olivo* ni la *parra* lo quisieron aceptar" (*Los memoriales del padre Silva* . . . , págs. 244, 276, 283).

(45) No se aprecian dialectalismos en fray Diego de Landa, cosa lógica, dada su naturaleza regional; pero sí en autores leoneses como fray Bernardino de Sahagún, quien no sólo recordará usos folklóricos de Tierra de Campos, sino que recurrirá a occidentalismos léxicos como *apañar* 'coger', *frijoles*, *páramo*, *prieto* 'negro' *trebecina* (*Historia general* . . . , págs. 39, 49, 121, 196, 206). O como fray Toribio de Benavente, quien, además de varios de los términos señalados en su correligionario, empleará voces de similar tipificación dialectal como *lama*, *mielgo* 'mellizo', *papar* 'comer', *rúa* o *sobrado* (*Historia de los indios* . . . , págs. 114, 178, 189, 252, 253).

(46) Habría que comprobar, en efecto, de qué manera afectó a los escritores franciscanos la sustitución de la norma toledana por la madrileña o la impronta que en ellos pudo dejar la literatura sevillana, y, sobre todo, la repercusión que en ellos tuvo el cuidado que en el manejo de la lengua romance pusieron los universitarios desde finales del siglo XVI, hasta entonces sólo preocupados por su destreza en el uso de la latina.

escritos (47). Todo esto es importante para la historia cultural de los franciscanos y del mundo hispánico, y ha de estudiarse con el debido detalle. Pero era imprescindible dejar claramente fijada la firme determinación de los miembros de la Orden seráfica por atender al fenómeno del lenguaje en sus múltiples manifestaciones. De ese interés dan fe los datos precedentemente esgrimidos, o la percepción de Motolinia a propósito de la naciente modalidad del español de América (48) y la agudeza con que, recurriendo al chiste lingüístico, sabe plasmar las tremendas dificultades de incompreensión idiomática que durante mucho tiempo hubieron de sufrir colonizadores y evangelizadores, de un parte, e indígenas de otra (49).

(47) Igual que Sahagún utilizará el americanismo *cuadra* 'manzana de casas, sector cuadrado en el trazado de una ciudad' (*Historia general* . . . , pág. 203), Benavente usa vocablos tan típicamente americanos hoy como *barranca*, *cardumen*, *estancia*, *estanciero*, *estero*, entre otros (*Historia de los indios* . . . , págs. 170, 188, 251, 253, 273).

(48) Aunque de modo sumamente impresionista, a este hecho parece referirse fray Toribio con las siguientes palabras: "que acá cada uno procura de saber sangrar y herrar y otros muchos oficios que en España no se tendrían por honrados de los aprender, aunque tienen todos los españoles que acá están la mejor y más humilde conversación que puede ser en el mundo" (*Historia de los indios* . . . , pág. 101). Ello, claro está, siempre que *conversación* tenga aquí la acepción de 'acción y efecto de hablar familiarmente una o varias personas con otra u otras' y no la de 'concurrencia o compañía' del diccionario académico. En cualquier caso, la diferenciación del español americano es advertida por otros autores que en las Indias escriben durante los siglos XVI-XVII, frecuentemente con el punto de referencia de la modalidad andaluza.

(49) Curiosa por demás es la anécdota sobre la confusión que a los españoles atribuye Motolinia de entender *Yucatán* por *tectetán*, o la del indio mejicano que, preguntando su "ticouazne quibenito", dió lugar al refrán "ti que quis benito" (págs. 243, 263).